

Roberto Villa García

ALEJANDRO LERROUX,
LA REPÚBLICA LIBERAL

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	9
CAPÍTULO 1	
Rebelde... ¿rebelde? (1864-1899)	13
CAPÍTULO 2	
Organizador revolucionario (1899-1909)	43
CAPÍTULO 3	
Republicano respetable (1909-1923)	75
CAPÍTULO 4	
Conspirador escéptico y ministro de la República (1923-1931) ...	99
CAPÍTULO 5	
Líder de la oposición republicana (1932-1933)	137
CAPÍTULO 6	
Presidente del Gobierno (1933-1934).....	157
CAPÍTULO 7	
Conservador frente a la anarquía (1934-1935)	189
CAPÍTULO 8	
<i>Affaires</i> de calderilla (1935-1936)	211
EPÍLOGO	
Exilio y retorno (1936-1949)	249
NOTAS	267
FUENTES Y BIBLIOGRAFÍA	277
GALERÍA DE IMÁGENES	284

REBELDE... ¿REBELDE? (1864-1899)

PÍO BAROJA CONOCIÓ A ALEJANDRO LERROUX EN LA SEGUNDA DÉCADA DEL SIGLO XX. Éste le había ofrecido colaborar en *El Radical*, el diario nacional del partido, y tentó al novelista con una candidatura para el ayuntamiento de Madrid. Como tantos otros miembros de la generación del 98, Baroja aceptó atraído por el dinámico tribuno republicano. El roce desvaneció la sugestión y el literato nos legó el retrato más certero de los que le trataron. En su *Galería de tipos*, escrita ya en los cuarenta, no ahorró críticas. Como hombre de pensamiento, Lerroux era un «mediocre». Severa limitación para un político de talla nacional. Descubría una flaqueza doctrinal que parecía investir su actividad de improvisación y oportunismo. Baroja lo ilustró con una anécdota. En vísperas de la Primera Guerra Mundial, Lerroux tuvo en París un encuentro con Jean Jaurès, el célebre político francés que, por entonces, personificaba la conjunción del ideal republicano con el socialista. Baroja inquirió la opinión de Jaurès sobre Lerroux. Éste

contestó que su homólogo español «c'est n'est pas un homme politique, c'est un politicien». Esto es, un político profesional que subordinaba toda consideración doctrinal a los intereses de la organización que lideraba.

Si prescindimos de toda connotación peyorativa, Jaurès captó el apego de Lerroux a las realidades de la política. Por supuesto, éste participaba del universo de valores y de los mitos heroicos que el republicanismo decimonónico había legado al del siglo XX. Su preocupación por la cuestión social era indudable, y eso le hizo creíble ante las sociedades obreras de la Barcelona de entresiglos. Pero la falta de un asidero doctrinal que pudiera otorgar coherencia a su larguísima trayectoria política facilitó que sus críticos a izquierda y derecha lo presentaran como el arquetipo del político tornadizo. Una imagen que Lerroux desmintió en los años treinta. La Segunda República fue el punto de llegada de una evolución, iniciada precisamente en la segunda década del XX, que le llevó de la izquierda republicana a posiciones liberales. Su discurso y su acción política muestran que el jefe radical fue quien entendió mejor en qué condiciones podía consolidarse una República en España. Antes de pensar en transformaciones, había que darle un sólido fundamento y eso suponía entroncarlo con la experiencia constitucional anterior a 1923. En su madurez no concibió la República más que como una democracia representativa, cuya misión primordial radicaba en cancelar la dinámica exclusivista e insurreccional reabierto con la Dictadura de Primo de Rivera. No es extraño, por tanto, que la talla de aquel «politicien» se acreciera entre 1930 y 1935.

Por otra parte, el escepticismo de Lerroux ante las disputas doctrinales devenía de su pertenencia a una generación de republicanos bien hastiada con las divisivas controversias de las *vedettes* de la Primera República, especialmente de los expresidentes Pi y

Margall, Salmerón y Castelar. Éstas, y los debates sobre la gestión de cada uno en el naufragio de 1873, sólo habían servido para enconar la faccionalización del movimiento, e incapacitarlo como alternativa a la Monarquía liberal. Si a eso se le une la ineficacia de aquéllos para encuadrar a los republicanos en partidos potentes, capaces de recuperar el influjo social y electoral del Sexenio Revolucionario, se explica la vocación de Lerroux por las tareas organizativas, esto es, por articular mecanismos de cohesión y movilización que sacaran al republicano de a pie de la apatía, y devolvieran al movimiento el contenido popular y urbano tan característico en los años sesenta y setenta del XIX.

Ahí es donde Baroja no dudó en reconocer el talento de Lerroux. Al novelista le impresionó su capacidad de labrarse una carrera política desde posiciones humildísimas. Carencias formativas, profesionales o de redes familiares las suplió con dosis de constancia, arrojo bien medido, capacidad de asimilación y de trabajo, lectura de las circunstancias, y un arte especial para cautivar a quienes trataba. Esto último lo hizo como tribuno, con una oratoria rotunda, convincente y sin florituras, carente de abstracciones y rica en imágenes vivas, capaz de trasladar el mensaje y conmover a un tiempo a muy distintos auditorios. Pero también en el tú a tú. Se hizo célebre por su carácter expansivo. Admitía prontamente en su intimidad a quien lo requería, y su generosidad rayaba en el candor. Para Baroja, Lerroux era «una buena persona», un «hombre campechano», siempre «capaz de hacer un favor a los amigos». Tanta largueza, ¿era deformación de carácter o quizás un modo de crear y reforzar vínculos clientelares, fundamentales para engrasar una organización política? Probablemente ambas cosas. El carácter de Lerroux evocaba el de otro hacedor de partidos, el conservador Francisco Romero Robledo, igual-